
La extraña aventura de una hernia estrangulada en 1751.

Nuestros modernos cirujanos que, meticulosamente exploran, extirpan, suturan ansas intestinales con toda la minucia de un método aséptico e intransigente y la preocupación del "plano por plano" no *se* figuran siempre la audacia temible que a veces, animaba a sus abuelos. Testigo esta "observación de cirugía" que extracto del Journal de Médecine de 1751. Esta historia me parece tan excepcional bajo todo punto de vista que no puedo resistir al deseo de comunicarla. El título solo ya da qué pensar:

"Carta al autor del Journal, sobre una observación de una hernia inguinal del intestino curada por la gangrena y cicatrizada por la naturaleza, por M. Rousselet, cirujano de Troyes".

Después de un largo exordio lleno de reflexiones generales y de cortesías en que florece la honradez del siglo XVIII, y en que, con una serena ingenuidad, M. Rousselet deplora la suerte desgraciada de los hombres que, faltos de discernimiento, se exponen a "ser víctima de un hombre sin razón y sin experiencia, y al fin morir tranquilamente entre las manos de un charlatán", henos aquí al grano de nuestro caso;

"El sábado 10 de marzo de 1751. fui, con los señores Groat, cirujano mayor de los-grana clerios del rey, de guarnición en esta ciu-

dad, y Bronquot, cirujano de París, agregado entre nosotros, al Pueblito de Echevilly, parroquia cié San Andrés, a media legua de aquí, pava ver a la llamada Luisa Orsean, mujer de Juan Arnoul, obrero. Esta mujer, *de* 53 años, de una constitución fuerte, de temperamento seco y sanguíneo, tuvo varios hijos. El sábado G, levantando dos sacos de avena, para colocarlos sobre su cabeza, hizo un esfuerzo que hizo aparecer en la ingle derecha un tumor conocido bajo el nombre de bubonocèle, bajada o hernia inguinal. Cuando la examíneme; la primera vez, era grande como un puño; el vientre de la enferma estaba tenso, el pulso muy pequeño y vomitaba materias fecales casi continuamente. M. Bonquot le propuso la operación, pero no quiso ella consentir. Le hice una sangría en el brazo, y la estación no siendo propicia para encontrar yerbas emolientes, le hicimos aplicar sobre el tumor y sobre el vientre, compresas empapadas en aceite de cáñamo Nos retiramos con la intención de no volver.

El 13 esta mujer me hizo llamar. Le dije que ya no podría curar; que el intestino estaba gangrenado y que la misma operación que ella había rechazado sería ahora inútil, a mi modo de ver.

Me rogó sin embargo de no abandonarla, y de volver a verla cada dos días, aunque no se operara, a lo que accedí para agradarle y observar al mismo tiempo lo que ocurriría en una enfermedad tan peligrosa; seguía vomitando materias fecales; para no quedar como espectador ocioso, le apliqué primero una cataplasma con yerba cana, hojas de violeta, de malva, de azucena, al cual agregué basilieón. Iba cada 2 días a renovar esta cataplasma, creyendo cada vez que la encontraría muerta. No tomaba más que 4 salditos flacos, bien claros en 24 horas, su vientre estaba siempre tenso y los vómitos continuaban, hasta que el 22 del mes (16 días después del ataque), al levantar la cataplasma, tantas veces retirada, apercibí en el tumor y a su alrededor, una extensión bastante grande de piel, gangrenada y negra como tinta.

Entonces coloqué, entre la enferma y yo, una persona que le impedía ver lo que yo hiciera, y con un bisturí, abrí el tumor en una incisión de 3 pulgadas *más* o menos: salió abundante materia fecal y el vientre se distendió en parte. Limpié bien la herida; disqué, sacando todo lo que estaba gangrenado, y ha-

bien apercibido (sic) el intestino todo podrido, saqué 9 o 10 pulgadas para llegar a la parte sana, donde lo corté, sin inquietarme por lo que ocurría con la porción superior ni la inferior, la enferma no teniendo bastante fuerza para pensar en la dilatación del anillo, ni en hacer un pliegue del mesenterio y continué yendo cada dos días para surada.

"El vómito, a pesar de la operación que había hecho el 22, sin grandes sufrimientos de la enferma, continuaba siempre: introduje en la herida un manojo de hilos de $\frac{1}{2}$ pulgada de largo y tenté de procurar un ano artificial en la ingle; yo creía que ya no tendría otro recurso, cuando el 31 del mes, yendo para curarla, echó materia fecal por la vía natural; lo que me sorprendió en extremo y al mismo tiempo me causó mucho placer.

En fin, el 15 del mes siguiente (54 días después de la operación), esta mujer estaba completamente curada; goza hoy (1757), de una salud perfecta, no habiendo tenido desde entonces ninguna molestia. Trabaja, y *viene* casi todos los días, a pie, a la ciudad. . .

De "El Día del Médico".